

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.



Año III.

SALE UNA VEZ AL MES.

Núm. 2.

ADVERTENCIA.

La administracion del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscritores, espera que estos harán las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido dirigiéndose á su administrador D. Vicente Costa, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que deban merecer los honores de la publicacion, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse á la redaccion del periódico, calle de Castaños, núm. 35.

ALICANTE, 20 DE FEBRERO DE 1874.

LOS MANDAMIENTOS.

La caridad no hace mal al prójimo: así que el cumplimiento de la ley es la caridad.

S. Pablo ep. á los ro., cap. 13, v. 10.

En números anteriores hemos evidenciado, según el espíritu del evangelio, que el verdadero y único camino de salvacion es la caridad, sin la cual es absolutamente imposi-

ble elevarnos, ni un centímetro, del inmundolodazal dó nos tiene sumergidos la materia: gracias á nuestro abandono, negligencia y olvido de nosotros mismos. No de otro modo se comprende como los vicios, pasiones y humanas miserias, ejerzan dominio absoluto sobre nosotros, haciéndonos esclavos del mal, constituyéndonos en sumisos autómatas de la perversión y del crimen, foco de corrupcion que, al desarrollar en nuestro corazón, sus venenosas y pútridas emanaciones, afixian el germen divino que late en nuestro sér.

El olvido de nosotros borra el *nosce te ipsum*, y, al arrullo de mentidas teorías, falaces ilusiones y halagüeños sofismas, se adormece el grito de nuestra conciencia, y, desatentados y furiosamente locos, corremos al precipicio con que nos brindan el odio, la venganza, el orgullo, el egoísmo etc., con todas las consecuencias de torpezas, ridiculeces y amargos remordimientos que, al pensar acallarlos con lágrimas que abrasan nuestras mejillas, arrancan del fondo de nuestro espíritu un ay! desgarrador que nos atorra y anonada, fijándonos en la munificencia divina para con la criatura y en la ingratitud de esta con aquella.

El mal no existe; no fué hecho: el Creador, infinita bondad, no pudo imaginarlo siquiera, y dejaría de ser Dios si concibiéramos en Él un insignificante átomo de maldad por pequeño que fuera, y, sin embargo de esto, la verdad desaparece y el génio maléfico es-

RR-860

tiende cada día mas su poder, augurando en imperio con aquiescencia y conformidad de nuestra voluntad e inteligencia, y conscientemente nos deleitamos y gozamos en el sufrimiento y perjuicio ajeno; y como en todas partes estamos, con nuestro atraso moral, viciándolo todo con nuestra perniciosa influencia, olvidados de nuestras obligaciones y deberes, en todas partes está tambien el mal queriendo detener la ley del progreso y pugna con el divino amor.

Y este amor, base de toda ley que alara a Cristo en los dos mandamientos: amará a tu señor Dios de todo corazón, y de toda tu alma y de todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo; nos dió la mas sencilla y pura regla de moral, la mas perfecta norma de adelanto, de progreso, y perfección, el todo de su divina enseñanza; y su ejecución sería el mas sólido dique para contener el continuo olvido de nosotros mismos; y su cumplimiento, obstáculo insuperable que no vencería el mal y origen de felicidades inmensas como la paz, fraternidad y armonía entre los hombres.

Pero es tan grande el olvido de aquellos, que se desprecia y se ridiculiza al que los cumple, y se le califica de sencillo ó ignorante, cobarde ó apocado.

Por perdonar una ofensa cobarde! Por olvidar un agravio seneillo! Qué pequeña y diminuta debe ser vuestra alma para sensaciones nobles y generosas! Qué grande para el odio y la venganza!

El orgullo y solo el orgullo, hablaría de ese modo al egoismo y solo el egoismo puede deducir consecuencias tan necias.

Qué pobre idea dá de sí el hombre que haya comprendido el progreso de este modo! De ignorante, y no poco, se acredita al rebajar al prójimo, porque ama, porque desea el bien, porque procura la paz y ama la felicidad. Por desgracia los *apprise forte* así lo admiten, los hombres de corazón así se lo explican, y llevados de su palabrería hueca y vacía de sentido, hacen poca alianza y no les merecen mucho aprecio aquellos tímidos, y compadecen aquellos sencillotes que aman á Dios y al prójimo.

Y esta es general; y tanta generalidad á los diez y ocho siglos de cristianismo es temible, como doloroso tanto atraso moral y tanto positivismo. Aquel ejemplo vivo de humildad y abnegación, de amor y fraternidad que desde la cumbre del Gólgota se destaca sirviendo de regla de conducta á los primeros, se ha olvidado completamente siendo una confusa é indefinida sombra, ó se ha tenido como una ridiculéz, y se huyó de ridiculo para no caer en tal debilidad. Es posible que aquellas sublimes palabras: «Padre perdónalos que no saben lo que se hacen» se hayan perdido como ecos fugaces en el desierto? Es posible que aquel acto de infinito amor haya dejado tan pocos recuerdos? Qué poco se ha edificado sobre tan bella base de fraternidad!

A los diez y ocho siglos de propaganda cristiana la sociedad se halla al principio del principio de su enseñanza moral; la buena fé se compensa con un sarcasmo, la humildad se llama apocamiento, el perdón debilidad ó cobardía, la virtud se escarnece, el honor se ridiculiza, la pobreza es burlada, al dolor la indiferencia, al potentado se le aplaude, el orgullo se adula y el egoismo se considera como una sabia prudencia, y la caridad solo existe como una ascension, y á pesar de tantas predicaciones y tanto celo é interés por el cristianismo, solo se ven por doquier sonrisas de compasión ó de hipocrita audacia, que desgarran las entrañas del cuerpo social; el mal acrece, y la tea de la discordia se aviva, y sus ténubres resplandores por esas de la desconfianza y el recelo, nos hacen olvidar de nosotros mismos, como queda dicho, é impulsados por la pasión, nos convertimos en hijos predilectos del mal, viendo en el prójimo, no hermanos nuestros, sino enemigos que destruir.

Terrible cuadro de la humanidad, descripción exagerada del género humano, se dirá, pero es tan desconsoladora como exacta la relación de las miserias humanas. Verdad que sumerge al hombre en la desesperación y le hace dudar de todo. Duda de la justicia divina, que es hasta donde puede conducirlo la exageración de su dolor, acompañada de

la ignorancia que le lanza con impetu a la degradacion. ¿Puede ser este el objeto de la creacion? Puede venir el hombre a este planeta para ser esclavo del vicio? Ah! No y mil veces no. Solo el amor. Solo el amor pudo ser la causa; solo para el amor debió venir aquel solo al divino amor que vivifica al pequeño tallo sumergido en profundo estanque, como anima al género humano, pudo concedernos la inteligencia para adorarle y procurar conocerle y a por medio de los efectos de estas dotarnos de sentimiento para corresponderle y darnos la voluntad para practicar las enseñanzas que reveló por medio de su hijo Cristo. Y esto que ayudaría a nuestro prójimo contribuyendo a nuestra perfeccion, no merece que reflexionemos un momento sobre nuestro pasado y nuestro presente? Y toda moral, toda ciencia, toda virtud, toda caridad, toda perfeccion no consiste en amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos?

Si la caridad y la ciencia conducen a Dios. Pero sin amor no puede haber caridad, no puede haber ciencia, no puede haber virtud, no puede haber trabajo. La caridad no es otra cosa que la sincera práctica del segundo mandamiento, y la ciencia solo es la ejecucion del primer mandamiento.

El amor es, por tanto la base de toda moral, de toda virtud, de toda ciencia, de todo trabajo y de todo progreso. Sin amor al prójimo no se conoce la caridad, y sin esta es imposible el adelanto moral. Sin amor a Dios no es posible la ciencia, y sin ella difícil el progreso intelectual.

El primer mandamiento origina el deseo de saber por qué amamos a Dios y por consiguiente el estudio y la instruccion. Y el amor al prójimo nos reporta la abnegacion, la fraternidad. ¿Porqué hijos de Padre tan amoroso, no hemos de cumplir los grandes y sublimes preceptos que asumen el código divino? Por qué no hemos de consolarnos en nuestras aflicciones, remediarlos en nuestras necesidades ó como dijo Cristo: dale de comer al hambriento, de beber al sediento etcétera, etcétera? Si somos todos hermanos, ¿por qué

la fraternidad no ha de ser un hecho y una verdad la paz?

Felicidades sin cuento; satisfacciones inmensas nos reportaría el amor a Dios y al prójimo. Ahuyentaríamos el mal como hacemos sin aquellos con el bien, y el cariño, la confianza, la tranquilidad, la abnegacion, etcétera, formarían una armonía en la humanidad y se cumpliría el deseo del trístico al pedir en la oracion dominical al Padre, que viniera á nos el tu reino. *advenit sup omni*

El espiritismo levanta nuevamente la voz contra el olvido de nosotros mismos; respóndele a los hombres a la paz y fraternidad y precisa la ejecucion del primer mandamiento, amar a Dios, progreso intelectual, y la práctica del segundo, amar al prójimo, progreso moral. Porque sin ellos es absolutamente imposible que la humanidad marche hacia su fin. Conozcámonos y así marcharemos imposibles hacia nuestra ruta, y conduviremos para la consecucion de tan feliz resultado para nuestros hermanos, y será grato al Creador que nos concedió tan preciosas facultades para conocer el bien, practicarlo, y amarlo.

Si el primer mandamiento es fuente de toda sabiduría; si el segundo es fundamento de toda moral; si la humanidad ha venido a este planeta por, y en cumplimiento de la ley del progreso; si esto nadie puede detenerlo ó impedirlo realizándose en el transcurso de los siglos, al través de millares de épocas, tanto si, pero tangible ó innegable; si la perfeccion relativa la constituyen la ciencia y la virtud; si el amor es origen de ellas, y el amor resume la ley y los profetas, ¿atendamos a Dios de todo corazón, con toda nuestra alma, con todo nuestro entendimiento, y al prójimo como a nosotros mismos, porque al amarlo realicemos nuestro progreso; somos gratos al creador y cumplimos con toda la ley, y el reinado del bien, de la dicha, y de la felicidad vendrá a nosotros para consolidar los fraternales lazos con que nos unió Dios en el primer momento del *Fiat*.

Federico Castells.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

XII.

Los asteroides

Nuestros lectores recordarán que después de reseñar el planeta Marte, pasamos á Júpiter sin detenernos á examinar ese enjambre de pequeños planetas, que gravitan en el espacio que media entre los dos mundos que acabamos de nombrar.

Habiendo llegado en nuestro último artículo al límite conocido del sistema solar, retrocedamos ahora en nuestro camino, y digamos algo sobre ese poblado cuanto interesante grupo de asteroides, cuyo número se aumenta cada día en el catálogo de los ya descubiertos.

El día 1.º de enero de 1801, el astrónomo italiano Pedro José Piazzi, descubrió el primero de los asteroides, al cual puso por nombre Cérés. Este descubrimiento causó alguna sensación en el mundo sabio, pues parecía venir á confirmar una ley empírica sobre la progresión doble de los radios de las órbitas planetarias, llamada Ley de Bode, aunque Kepler había ya dicho algo sobre ella.

Esta consiste en lo siguiente. Escríbase primero 0. luego 3. y váyase duplicando sucesivamente el último número, con lo cual tendremos:

0. 3. 6. 12. 24. 48. 96.

Aumentando ahora cuatro unidades á estos guarismos, resulta:

4. 7. 10. 16. 28. 52. 100.

Estos números, representaban—á poca diferencia—la distancia relativa de los planetas conocidos entonces; mas tarde vino el descubrimiento de Urano, y se notó que la distancia del nuevo planeta concordaba precisamente con la octava progresión, 196.

Esta regularidad, vino luego á turbarla Neptuno, al cual le correspondía la distancia de 398, cuando resulta la distancia real de este planeta sólo 300.

Sea como fuere, Kepler había supuesto la existencia de un planeta desconocido, en el

espacio que media entre Marte y Júpiter, y el descubrimiento de Cérés vino á llenar este vacío que notó el ilustre discípulo de Tycho Brahe, pues Cérés vino á colocarse en el mundo 28.

Tan solo habían trascurrido quince meses desde que Piazzi descubriera ese nuevo planeta, cuando otro astrónomo llamado Olbers halló un segundo, moviéndose en el mismo espacio interplanetario, al cual puso por nombre Pallas.

¿Cómo se explica esto? Allí dónde se notaba la falta de un planeta, aparecen ahora dos!... El mismo Olbers buscó alguna razón plausible para darse cuenta del hecho, y supuso que podían muy bien ser dos fragmentos de un mismo mundo, que por una causa desconocida hubiera estallado, rompiéndose en dos ó más pedazos.

¿Confirman las observaciones posteriores esta teoría?

«Las leyes de la mecánica—dice un autor—demuestran que después de una explosión semejante, sea cual fuere la causa que la ocasionara, los fragmentos lanzados en cualquiera dirección, deben permanecer á una misma distancia media del foco de sus movimientos, el Sol, y volver además, en cada una de sus revoluciones á pasar por el punto del espacio en que la catástrofe originaria tuvo lugar.»

El descubrimiento de Juno, en Setiembre de 1804, pareció venir á confirmar la teoría de Olbers; pero en Marzo de 1807, éste mismo astrónomo descubrió otro planeta, Vesta, que echó por tierra su ingeniosa hipótesis, pues tanto la distancia, como los otros elementos de la órbita de este último asteroide presentan notables discordancias con la teoría de Olbers, y aun con la ley de Bode.

Treinta y ocho años trascurrieron sin que ningún nuevo asteroide viniera á aumentar el catálogo de los ya conocidos.

El 8 de Diciembre de 1848, Hencke descubrió el quinto, Astrea; y desde entonces hasta la fecha, que se cuentan ya unos ciento doce, apenas si ha pasado un solo año en que no se haya divisado alguno nuevo. El 47 se descubrieron tres, el 48 dos, el 50 tres,

el 51 dos y el 52 ocho, y así sucesivamente. Muy pocos días hace que la prensa periódica daba cuenta del descubrimiento de uno nuevo.

Las órbitas de los asteroides son elipses más ó ménos prolongadas; la de Freya, descubierta en Octubre de 1862, es la más circular de las conocidas, y la de Polymnia, vista por primera vez en Octubre de 1854, la más excéntrica.

Los planos de las órbitas de los asteroides están muy sensiblemente inclinados los unos sobre los otros. La de Massalia y la de Angelina, descubiertas la primera en Marzo de 1852 y la segunda en Marzo de 1861, coinciden á poca diferencia con el plano de la órbita terrestre, al paso que la de Pallas se eleva en un ángulo de 34 grados.

La anchura de la zona que ocupan todos estos planetas es de unos 100 millones de leguas en su máximo; así es que, unas están más próximas al centro de gravitación del sistema y otras más apartadas, de aquí que sus movimientos de revolución varían entre 3 años, 8 meses y 7 días, y 6 años, 3 meses y 28 días. Hay algunos entre los que la diferencia del movimiento de revolución es solamente de algunas horas.

De todo el grupo de los asteroides, Vesta es el mas brillante, es visible á la simple vista y su luz es de un blanco amarillento. El diámetro de este planeta—según Maedler—es próximamente de unas 123 leguas, y su superficie total no será mucho mayor que la novena parte de Europa. Este pequeño mundo verifica su movimiento de revolución en 3 años, 8 meses, á una distancia media de 90 millones de leguas. Su órbita es relativamente poco prolongada.

Juno es invisible sin el auxilio de los instrumentos. Su luz es mas rojiza que la de Vesta. La órbita de Juno es muy excéntrica; en el afelio se aleja del Sol 128 millones de leguas, acercándose en el perihelio á 75 millones 500 mil, siendo por lo tanto su distancia média 101 millones de leguas. Su movimiento de revolución se verifica en 4 años, 4 meses. El diámetro de Juno, ha calculado Maedler que es de unas 146 leguas.

Céres se halla á la distancia média de

105 millones de leguas. Su luz es ligeramente rojiza. Este planeta recorre su órbita en 4 años, 7 meses próximamente. En cuanto á las dimensiones de Céres existe alguna diferencia entre los resultados obtenidos por varios astrónomos. Schroeter halló un diámetro de 185 leguas, W. Herschel de 65, Argelander de 90.

Pallas, cuya órbita se halla tan inclinada sobre el plano de la terrestre, verifica su movimiento de revolución en 4 años 7 meses 13 días y algunas horas. La órbita de Pallas es casi tan excéntrica como la de Juno; en el afelio se halla á 130 millones de leguas del Sol, y en el perihelio solamente á 80 millones. El diámetro de este asteroide es próximamente de 246 leguas según Lamont, siendo por lo tanto el mayor de todos ellos. Su luz es amarilla y tampoco es visible á la simple vista.

No ha sido posible apreciar aún exactamente el tamaño de los demás asteroides por aparecer en el campo de los anteojos como pequeños puntos luminosos, cuyo diámetro ha sido imposible medir. Se cree que algunos entre ellos son tan pequeños, que un hombre podría dar la vuelta alrededor suyo en un día.

¿Qué diremos de las condiciones de habitabilidad de los asteroides? Schroeter creyó reconocer tanto en Céres como en Pallas la existencia de atmósfera; pero más tarde reconoció que aquella apariencia vaporosa que había notado era debida á un efecto de irradiación, ocasionado por la imperfección de su telescopio.

Si todos los asteroides no son restos de un solo mundo primitivo, que en una época remota, ya á consecuencia de la compresión de los gases interiores excesivamente dilatados por el fuego central hubiese estallado, exparciendo la violencia de la explosión sus fragmentos por el espacio; ó ya por otra causa desconocida se hubiera roto en mil pedazos como algunos han pretendido; si así no fuese, repetimos: ¿cómo podría explicarse la formación de esa multitud de planetas en miniatura?

Dada la teoría de Laplace—dicen algunos

autores—todos los planetas del sistema han sido formados por la condensación de los anillos vaporosos desprendidos sucesivamente de la masa solar; basta, pues, para explicar la formación de los asteroides, suponer que en el anillo originario de estos hubo varios centros simultáneos de atracción, entre los cuales se distribuyó la materia gaseosa que la componía.

Esta explicación, es, en efecto, muy ingeniosa; pero, ¿es la verdadera?

He aquí lo que no se sabe.

(Luis de la Vega.)

MEMORIA

sobre el tema puesto á discusión en el Círculo Magnetológico-Espiritista de Madrid, el día 5 de Marzo de 1870.

Temaguet motiva la presente Memoria

«¿Llena el espíritu cumplidamente su misión sobre la tierra en una encarnación, ó bien sigue progresando después de la muerte del cuerpo en diferentes encarnaciones y mundos?»

(Conclusion).

Empiezo de nuevo manifestando, que no he tratado de ridiculizar ningún sistema por absurdo que lo conceptúe. Lo ridículo que aparezca aquí, respecto de alguno, no es impuesto por mí, es la consecuencia de lo absurdo.

Yo creo que cada época del mundo tiene su faz, sus adelantos y su filosofía en relación con el desarrollo mayor ó menor de las inteligencias. Creo que nos están impuestas las modificaciones del alma como las modificaciones del cuerpo; no es posible detener las que se refieren á la materia, porque esta no tiene libre albedrío, ni es dueño de ella el espíritu por mas que la use en calidad de préstamo; pero las del espíritu puede rechazarlas el alma en uso de su libre albedrío. Y lo mismo que hay estacionarios que no aceptan los adelantos en política, ciencia y artes, existen quienes combaten los religiosos y filosóficos.

Esos espíritus rebeldes á la ley de progreso universal, se paran, se estancan, acabando por presentarse ante la cultura y civilización de un

pueblo, formando la ridícula parodia de la sociedad en que viven.

Yo no quiero, no puedo, no debo ridiculizar á esos hombres. Los amo porque son mis hermanos, los compadezco porque son mis hermanos menores; y por si no soy el equivocado, les escribo esta Memoria, y algunas otras, para que á manera de escalpelo batan y destruyan las cataratas de sus ojos, vean la luz de la verdad y puedan ayudarme en el hospital del mundo, á sanar cerebros enfermos por el rancio catolicismo y otras muchas causas añejas que todos conocéis.

Antes de probar lo que me he propuesto; juro por mi Dios, junto siempre y sabio, que no he querido, que no quiero ofender á ninguno. Mi lema dice: «Atraer» no rechazar.

Ahora escuchad algo de nuestra filosofía, que es la mas moderna de cuantas registra la historia del mundo.

A mediados del siglo XIX notaba el hombre de ciencia y saber la falta de un alimento espiritual que no le ofrecía ningún libro antiguo. El hombre pensador se veía transportado desde un mundo material á otro material tambien, pero completamente transformado. Los caminos se habian cubierto efectivamente de líneas férreas, de hilos telegráficos, y á la presencia de esos dos grandes descubrimientos mejoraron su mesa, cama, vestido y cuanto se refiere á lo material. Desaparecieron las distancias, y la producción esparcida por el mundo, pudo concentrarse en un pueblo. Casi nulo el porte, todo abarató y hasta el infeliz menestral viajaba mas cómodamente que los monarcas del siglo pasado; los muelles de su cama y asientos le ofrecían igual ventaja, y aúnen su mesa halló manjares que no pudieron probar en el centro de España los soberanos, y con posterioridad los comió hasta el mendigo.

Algo varió tambien el mundo moral. La hija de Gutenberg halló sustituida la prensa con la máquina, y el globo se inundó de libros, puestos al alcance de todas las fortunas. El vapor, señores, destruirá la pobreza en la tierra, porque el vapor es el martillo que ha de aniquilar las muchas trabas que aun tiene nuestro sistema económico.

La ciencia y la filosofía no fueron ya el patrimonio de los ricos; sirvieron de sabroso y agradable pasto á todo el que quiso elevar su inteligencia, robustecer su poca ó mucha salud, mejorar su entendimiento y cesanchar su memoria.

Ante ese gigante incontrastable empezaron a sucumbir el fanatismo, la preocupacion y la idolatría. Nos encontramos con que la ciencia era la verdad y la filosofía su análisis; y como todos podíamos ya estudiar ciencia, algo aprendimos y seguidamente analizamos.

¡Ay! caro nos costó al principio! Al ver yo que la geología prueba casi todo lo que expone, al contemplar que la astronomía empezaba a ser matemática, temblé.

Hasta entonces creí, señores, como mi padre y mi abuelo, que no había mas mundo que la tierra; que el universo se hizo en seis días, y que al alzar mi cabeza, al entrar el jefe de nuestro sistema planetario en su ocaso, solo veía estrellas parecidas a las del manto de púrpura de los reyes, con las que Dios adornaba la parte exterior de su gloria.

Y temblé, señores, porque echaba de menos un acontecimiento moral, ese descubrimiento moral a que me refería anteriormente.

Creí en la ciencia porque demostraba, vi el universo poblado de mundos, y la filosofía al analizarlos, añadía que también de seres.

Y vi la materia cósmica desprendida en fluidos atómicos, moleculares, con que empezó a formarse este mundo. Y vi la materia incandescente o ignea luchar con el enfriamiento que imprimía la baja temperatura en su propio ser; y vi abrirse los volcanes y aparecer en sus torrentes de fuego las montañas que coronan la tierra. Y vi presentarse los océanos, luego los continentes, después la vegetación, mas tarde el reino animal, y muchos siglos después, muchos; los hombres, no el hombre.

Me he callado hasta ahora lo mas grande que vi, oído: Al contemplar su obra vi a Dios; a Dios grande, poderoso, sabio: absolutamente poderoso, grande y sabio. Hasta entonces me fue desconocido. Era el mito de los católicos rancieros lo que me habían enseñado.

Hagote mundo. Ya está hecho. En esto, señores, yo no veo otra cosa que poder; poder inesplicable, poder que me confundía; poder que necesitaba un artículo de fé impuesto a mi alma desde la infancia.

Al decir yo: Dios no hizo el mundo en seis días ni en seiscientos años, tuve que añadir: no conozco a Noé ni el sacrificio de Abraham, ni a Lot y sus hijas, ni a David y la tierna esposa de su noble caudillo; ni siquiera a los ángeles que son acometidos en la ciudad maldita.

Eso son figuras que se explican de otra mane-

ra; mas halló su explicacion inútil en este sitio y en todos.

Tampoco he podido oír la maldición de Dios al pueblo hebreo. ¡Un padre tan justo y sabio maldecir a sus hijos; maldecir la ignorancia de sus hijos! ¡Qué blasfemia!

Pero he visto a Jesús; le oí, sus palabras quedaron impresas en mi alma con caracteres indelebiles. El Evangelio, señores, ensabó mi espíritu; vi parte en él de la verdad que buscaba.

La mision que Jesús trajo al mundo fue efectivamente divina; la caridad que él predicó era indudablemente remedo sublime de la caridad de Dios; su amor a la humanidad debió cojerlo en Dios y extenderlo en el mundo por Dios.

Yo no puedo decir que Jesús es Dios, pero creo firmemente que Jesús trajo a la tierra algo de Dios.

Me conformo; nos conformamos por lo tanto los espiritistas con lo que Jesús ha dicho sobre el tema que se discute; nos atenemos a su autoridad: ¿La podríais alguno saciar? Dios os perdone la sola intencion.

Voy a recordáros sus frases, pero todavía no es tiempo; con su afirmativa concluiré esta Memoria; porque cuando habla Jesús yo callo, oigo, creo y me postro. La elevacion de Jesús no la comprenden bien todavía nuestras pobres inteligencias; algun día la comprenderemos todos.

Resumido. La ciencia, señores, iba por un lado y el Antiguo Testamento por otro. La primera demuestra y prueba, el segundo dice. Creí por consiguiente lo que la ciencia me enseñaba.

El Evangelio me decía mucho, pero no lo bastante para aclarar todas las verdades que yo deseaba saber.

La psicología deliraba, en mi concepto, segun espuse antes. Y como no era tiempo el año 33 para que Jesús resolviera el problema psicológico, quedaba el gran vacío que otros y yo notamos al ocuparnos de la ciencia y la filosofía.

Franklin cogiendo el rayo con su potente diestra y confundiendo en él profundo, nos demostró que Dios no lo mandaba, que Dios no tenía ira.

El estudio de todas las calamidades que sufre el hombre en la tierra nos patentizó que no venían del cielo, que obedecían a causas naturales, motivadas en su totalidad por ignorancia de los hombres.

Aumentó la duda, creció la confusion, y hubiera aparecido el caos en el mundo moral, si retrasara su presentación la ley de armonías que

secunda siempre, apoya y sostiene á la ley de progreso.

Cubierto el mundo material de vapores, apareciendo cada dia un adelanto, regenerada la sociedad en lo relativo á la materia, fué preciso, para que se cumpliera la ley de armonías en pos de la de progreso, que el hombre modificara sus costumbres, sus hábitos, sus creencias.

A los brillantes descubrimientos de la ciencia, debía seguir abrigada la filosofía.

Yo os pregunto ahora: ¿supuesto este estado de cosas en el mundo moral y material, se puede comprender ni dar asentimiento á la impunidad ante el juicio de Dios; del loco, del idiota, del tonto, etc?

¿Se puede racionalmente creer en el castigo y gloria eternos, en la forma que se nos presentaban?

„ Esto no lo aceptan ya ni aun los modernos católicos.

Fijaos bien, los que pensáis combatir esta Memoria, en las frases que siguen.

Convenidos nosotros de que Dios no tenía ira y de que su bondad y misericordia no podían aminorar su justicia; convenidos de que Dios era siempre justo, absolutamente justo, fuimos á buscar la solución del problema psicológico dentro de su justicia, como voy á demostrar.

Si hay llaga en esta Memoria, debe estar aquí; por eso vuelvo á llamar vuestra atención y con esto os pruebo que mis armas son de buena ley.

Dios es justo, digimos, y apareciendo lo contrario en la teoría que escuchamos en cátedra, inquirimos otra, que fuese antítesis de la que nos habían enseñado.

Y entonces buscamos al espíritu en su origen mismo, hallándolo completamente simple é ignorante, pero destinado á ser sabio é inteligente, debido á su actividad y trabajos constantes y eternos.

De este modo el espíritu debe á Dios su existencia; le debe mas que eso; le debe el que le haya permitido saborear el inefable gozo, el placer, dicha é incomparable satisfacción, de que pueda deberse á sí propio el espíritu su desarrollo intelectual, su sabiduría, todas sus elevaciones, producto de sufrimientos terribles, de encarnaciones dilatadas, de actividad portentosa.

Todos los espíritus, sin perder un átomo de su libre albedrío, tienen que andar el mismo camino y les espera igual recompensa, porque todos son iguales en su origen, porque todos son hi-

jos de Dios, porque Dios es justo y porque Dios no puede arrojar á las llamas ni condenar á una gloria eterna de contemplación, á lo mas elevado de su obra, á la actividad sin limites, á lo que mas se parece á Dios.

Los condenados serian la obra imperfecta de Dios; serian la injusticia de Dios, y el que es absolutamente justo y absolutamente perfecto, no puede producir injusticia ni imperfectibilidad alguna.

El espíritu, en su primitivo estado de ignorancia, encarna en una materia análoga, y desde este instante, en uso de su libre albedrío, empieza á adelantar lo que se propone y le permiten las débiles fuerzas de su naciente inteligencia.

La escala de los diferentes casos que se nos presentan en la tierra es tan inmensa, que no se puede detallar en una exigua Memoria; empieza en el hotentote para concluir en el sabio que presenta su moral é inteligencias mas perfectas.

Pero no acaba ahí; el aserto anterior se refiere solo á la tierra; despues le quedan al espíritu millones de mundos donde volver á encarnar, donde elevarse; y cuando llegue al mas perfecto de los mundos que hoy existen, tendrá ya mil otros en los que podrá seguir aprendiendo, en los que podrá seguir adelantando; su misión es acercarse á Dios sin que pueda llegar nunca á Él, porque Dios es la perfectibilidad absoluta, y la de los espíritus es relativa.

Una eternidad de adelantos continuos en el espíritu mas elevado, no basta á adquirir la perfectibilidad de Dios.

Ese es nuestro Creador: decidnos ahora si cabe mas justo, si es posible amarlo mas perfecto.

Todos creemos que el crimen, el delito y la corrupción, son engendro de la ignorancia; esto ya nadie se atreve á negarlo; ved en los delincuentes el poco adelanto de sus espíritus. Los hay en ese primer período, que en uso de su libre albedrío se estacionan, pero no retroceden; lo que no adelantan en una encarnación, lo ganan en otra, y siguen adelante impelidos por la ley del progreso.

Voy á citar un ejemplo: se ven de continuo dos séres, hijos de los mismos padres, que recibieron idéntica educación, comieron iguales alimentos y aspiraron la misma atmósfera. Pues bien, el uno presenta mucha memoria, claro entendimiento y buena voluntad; en tanto que el